

ejemplo: hay una grande escasez de tela de tal clase, que tendrá tal calidad, supongamos un excelente y difícil color: hay un tintorero que por casualidad descubre un ingrediente muy barato, que con aplicación muy sencilla produce perfectamente el deseado color. ¿Cuánto valen sus telas? como las otras: ¿cuánto le cuestan? casi nada: luego no hay necesaria conexión entre lo que cuesta una cosa y lo que vale. Hay un artista que con la mayor facilidad ejecuta maravillas: ¿cuánto valen? es claro que tanto y más que las obras de los otros; ¿y cuánto le cuestan á él? nada: un juego, un pasatiempo. Pero se nos dirá: si no le cuestan á él, ya cuestan á los compradores, y aquí está el valor: ¡qué aberración! ¿Por qué lo pagas tan caro, comprador?—Porque es muy bueno y lo vale.—¿Veis cómo el coste es hijo del valor, y cómo existe el valor antes del coste?—¡Oh! no es que lo valga, sino que él exige esto.—Pues ¿por qué lo pagas? ¿por qué no te vas con otro?—Porque no lo hallo tan bueno.—Es decir que si lo tenías, ya no lo cambiarías con los otros.—Cierto.—Pues entonces cuando dices más bueno quieres decir que ya de suyo vale más; pues que para hacer el cambio pedirías una compensación. — *J. B.*

EL SOCIALISMO.

ARTÍCULO 7.º

Reflexionando sobre el origen, naturaleza y efectos de los sistemas excogitados por Saint-Simon, Fourier y Owen se echa de ver la sinrazón con que algunos han atribuído á tamaños delirios alguna influencia saludable. Los tres asientan como principio fundamental de sus teorías la libertad de las pasiones, ó mejor diremos su satisfacción,

condenando no sólo las augustas doctrinas del Evangelio, sino también las de los más distinguidos filósofos de la antigüedad. Aquel célebre dicho *sustine et abstine*, que tan profunda sabiduría encierra, es rechazado como insensato y nocivo por los modernos reformadores; el sufrimiento y la abstinencia es según ellos una infracción de las leyes de la naturaleza; es obrar contra los designios del Criador; es romper la armonía del Universo, que debiera resultar de la ilimitada expansión de todos los sentimientos, de la completa satisfacción de todas las pasiones. Luis Reybaut en su obra titulada *Estudios sobre los reformadores contemporáneos*, conviene en que esta libertad concedida á todo linaje de inclinaciones, es altamente destructiva de toda moral y funesta al bienestar de la sociedad; pero entre tanto se permite decir que el cristianismo había llevado demasiado lejos la lucha entre la razón y las pasiones, convirtiendo el desinterés en ascetismo y martirizando el cuerpo sin provecho del alma; bien que añade que hallando esta exageración su correctivo en nuestros mismos instintos, no exponía la humanidad á una decadencia. Esta observación nos presenta la religión cristiana exagerando el principio de la resistencia de la parte superior á la inferior, y por consiguiente enseñando una doctrina falsa, porque la verdad exagerada deja de ser verdad. No podemos, pues, permitir que pase sin ser refutada semejante afirmación, la cual no tiene otro fundamento que el poco conocimiento del carácter y tendencia de la moral evangélica.

Para la inteligencia de lo que vamos á explicar conviene tener presente la diferencia entre los preceptos y los consejos: aquéllos obligan á todo cristiano, estos nó; la observancia de los primeros es necesaria para alcanzar la vida eterna, la de los segundos lo es únicamente para llegar á la perfección: si quieres entrar en la vida, dijo Jesucristo, observa los mandamientos; si quieres ser perfecto, vete, vende todo lo que tienes y dalo á los pobres y sígueme. En los mandamientos, es decir, en la ley que

obliga á los cristianos, está contenido el amor de Dios, el del prójimo, la prohibición de tomar el nombre de Dios en vano, de robar, de matar, de infamar, de cometer adulterio. ¿Hay aquí por ventura preceptos atormentadores de los cuales se pueda con verdad decir que nos martirizan? Los mandamientos que por su parte ha añadido la Iglesia, como el asistir ciertos días al santo sacrificio de la misa, el abstenerse en otros de estos ó aquellos alimentos, el disponer las comidas de esta ó aquella manera, pero todo de suerte que no dañe á la salud ni perjudique notablemente nuestros intereses: estos preceptos, repetimos, tan suaves y llevaderos, ¿pueden por ventura calificarse de martirio? Es cierto que el cristiano debe mantenerse puro no sólo en obras, sino también en palabras y pensamientos; es cierto que debe procurar ajustar su vida entera á la ley divina, sin desviarse de ella por consideraciones mundanas; pero ¿no es esto mismo lo que nos está prescribiendo hasta la razón natural? la filosofía puramente humana ¿no nos enseña también que no hay buena moral en el acto que se opone á la ley de Dios, que es reprehensible lo que está en contradicción con la ley eterna? Y hasta ahora nadie ha dicho que por este motivo la filosofía exagera: nadie ha pensado en tratarla de verdugo de nuestro cuerpo. Las molestias que por esta causa se ocasionan á éste, son muy ligeras; y si se comparan la salud y el bienestar que resultan de una conducta moral, con las enfermedades y otros males que dimanán del desenfreno de las pasiones, bien se puede afirmar, que aun bajo el aspecto puramente material y atendiendo únicamente á las ventajas corporales, sale muy gananciosa la virtud, y paga muy caros el vicio los goces de algunos momentos.

Demostrado ya que no hay tal martirio, tratándose de la observancia de solos los preceptos, veamos lo que sucede con los consejos. Es indudable que en ellos está contenida la represión de las inclinaciones más fuertes y seductoras, la abstinencia de los placeres más vivos, el sufrimiento de padecimientos muy duros, la resignación á las humilla-

ciones más repugnantes, y que bajo este concepto puede decirse que son un verdadero martirio del cuerpo y también del corazón. Pero no es verdad que este martirio sea sin provecho del alma; antes este provecho es uno de los principales objetos; pues que si el cuerpo es atormentado, no lo es por un odio ciego é irracional, sino para que no se levante contra el espíritu y no le arrastre por el camino de la maldad, como y también para ofrecer á Dios un sacrificio en expiación de placeres culpables. Léanse las vidas de los santos más señalados por su penitente austeridad, y se verá que todos sus deseos se encaminaban á preservarse del pecado, á purificar más y más su espíritu y hacerle avanzar en el sendero de la perfección, y que para ello procuraban desasirse de todo lo terreno, olvidándolo todo, despreciándolo todo, no recordando otra cosa sino que tenían una alma que salvar y un Dios á quien amar y servir.

La penitencia tan lejos estaba de ser inútil á las almas, que antes bien era un valladar contra las tentaciones del mundo, la astucia del demonio y las seducciones de la carne: con ella se sufocaban las pasiones que pegan el corazón á la tierra, se desenvolvían, elevaban y purificaban los sentimientos que levantan el espíritu á Dios, se avivaba la fe, se sostenía la esperanza, se inflamaba la caridad, y adquiría el espíritu aquella fuerza y energía que le hacían capaz de resistir todos los ímpetus de la carne, y de pasar sobre la tierra una vida de ángel.

Por más que sea agradable á Dios este género de virtud en que se sacrifica enteramente el cuerpo al espíritu para ofrecer luego el alma á Dios limpia, sin mancha de ninguna clase, purificada de todas las afecciones terrenales; es claro que Jesucristo al establecer sobre la tierra su ley santísima, y al dar á los hombres sus consejos sublimes, preveía que serían pocos los que lo dejaran todo sin reservarse nada, y le siguiesen á él por el camino de tan dura austeridad, entregándose á todas las privaciones que les había recomendado como el más alto grado de santidad

á que podían llegar. Es claro que preveía la debilidad del mayor número de los hombres, y que por tanto sabía también que sería incomparablemente mayor el de los cristianos que se contentarían con observar los preceptos, que no el de los que seguirían los consejos; es claro que sabía que aun entre los mismos fervientes imitadores de la vida de dolor, de ignominia y abstracción que pasó sobre la tierra, serían muy pocos los que pusieran en planta dichos consejos con la severidad, fortaleza y santo heroísmo de que algunos cristianos que veneramos sobre los altares nos han ofrecido ejemplo. Más diremos: algunos de sus consejos fueron dados evidentemente con esta previsión, pues que es cierto que no quería Jesucristo que el mundo dejase de multiplicarse, y por lo mismo cuando aconsejaba la virginidad entendía que su consejo no había de ser tomado por el mayor número de los fieles. Hasta la vida común que hacían los discípulos al principio, dejó de ser posible como práctica universal, tan pronto como la Iglesia se extendió considerablemente. ¿Quién se atrevería en la actualidad á proponer que los fieles en todas las partes del mundo viviesen bajo semejante regla? ¿Cabe por ventura imaginar, siendo tanta la extensión de la Iglesia, tan numerosos sus hijos, tan complicadas las necesidades de éstos, tan varias y discordes las relaciones que entre sí tienen, tan diferentes los climas, las leyes, los usos y costumbres; cabe imaginar, repetimos, el que todos vendan cuanto tengan, y lo lleven á los pies de un apóstol para hacer un fondo común del cual se sustenten todos los hermanos?

Teniendo presentes estas consideraciones, se echa de ver con toda claridad que el martirio del cuerpo por medio de la penitencia, esa abstracción del espíritu que le levanta sobre todas las cosas mundanales, que no le deja darlas una mirada sino para despreciarlas y abandonarlas, aquel desprendimiento que no se reserva nada para sí, y que todo lo espera de la limosna, ó mejor diremos del cuidado de la Providencia; esas virtudes que admiramos en

los Pablos, en los Antonios, en los Hilariones, en los Franciscos, en los Domingos, en los Cayetanos, en los Ignacio y otros santos eminentes, debieron ser como modelos rarísimos que conservasen en la tierra el fuego sagrado, que perpetuasen la imitación de la vida de Jesucristo entre la tibieza de los cristianos, como allá en la antigüedad vemos que de vez en cuando enviaba el Señor sus profetas para recordar al pueblo de Israel el beneficio de haberle sacado de la tierra de Egipto y de la casa de esclavitud y anunciarle la venida de Aquel que había de ser la esperanza de las gentes. Jesucristo al establecer su Iglesia sacrosanta, no olvidó ni olvidar pudo en su infinita sabiduría, que eran hombres los que la habían de componer, sujetos á muchas miserias, con el entendimiento ofuscado, la voluntad torcida y el corazón inclinado al mal desde la adolescencia; no pudo olvidar que se necesitaba el poder de su gracia, no sólo para hacerlos andar por el estrecho sendero de la perfección evangélica, sino también para encaminarlos por las vías de una moral pura, apartándolos de la corrupción en que estaba sumido el universo antes de que viniese la plenitud de los tiempos, y hacer que se decidiesen á tomar sobre sus hombros un yugo suave y una carga ligera.

Luego el achacar á la religión cristiana el que exagera la virtud del desprendimiento, el suponer que haya de ser corregida por la fuerza de los instintos y de las pasiones, es no comprenderla, es prescindir de las miras del Divino Fundador de la Iglesia, es suponer que él se lisonjeó con esperanzas irrealizables, es decir que desconoció la humanidad y que se empeñó en sujetarla á condiciones incompatibles con su existencia; es sobre todo desconocer que esa misma alteza de perfección predicada por Jesucristo puede muy bien existir según las circunstancias, sin ese martirio del cuerpo que nos asombra en algunos santos penitentes, bastando para ello una circuncisión de corazón con la cual se arranquen todas las afecciones mundanas y se le purifique en el crisol del amor de Dios;

es desconocer que con esa alteza de perfección es conciliable el cuidado de los negocios humanos, si á ello es llamada la persona por razón de su estado, y que puede ser muy agradable á Dios una vida en que haya pocas horas disponibles para la oración, en que no sea dable entregarse á grandes austeridades; es no recordar aquella máxima que está escrita en el sagrado texto y practicada por los santos, de que la caridad se hace toda para todos para ganarlos á todos. La religión cristiana, pues, no necesita del correctivo de las pasiones; esto es trastornar monstruosamente las ideas; ella es quien debe corregirlas, y en la parte en que puede decirse que la embarazan y resisten, no hay falta de previsión en el Divino Fundador que todo lo hizo con número, peso y medida.

Los sistemas de los modernos reformadores estableciendo un principio diametralmente opuesto al de la moral de Jesucristo, han asentado por base de sus teorías insensatas el que la felicidad del individuo y de la sociedad dependían del ilimitado desarrollo de todas las pasiones. Jesucristo enseñó que la mayor altura de perfección estaba en desasirse de todo para seguirle por el camino del cielo, y los novadores afirman que el máximo del bien está en la satisfacción de todas las pasiones, en pegarse á la tierra como un reptil inmundo, sin levantar jamás la cabeza para dar una mirada á las regiones de la inmortalidad. La tierra es un destierro, dijo Jesucristo; la tierra es nuestra patria, dicen ellos: la vida es un viaje, dijo Jesucristo; la vida es nuestro término, dicen ellos: el goce material es dañoso al espíritu, dijo Jesucristo; el goce material santifica el espíritu, dicen ellos: aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, dijo Jesucristo; dad rienda suelta á la ira y al orgullo, dicen ellos: santificaos haciendo penitencia, dijo Jesucristo; santificaos en el placer, dicen ellos.

Los hombres teniendo á la vista esos modelos de sublime austeridad y heroico desprendimiento, oyendo sin cesar la predicación de los preceptos más puros, y consejos

más elevados, todavía se pierden lastimosamente por el camino del vicio y de la maldad, arrastrados por la violencia de las pasiones; ¿qué será, pues, si en lugar de proponerles semejantes ejemplos y de imbuirles en tales preceptos y consejos, se comienza por quitar el freno á todas las pasiones, por estimular la sed de los goces, por excitar más y más esa inquietud febril que lleva al hombre de placer en placer, aun á riesgo de perder su fortuna, su honor y su misma existencia?

Diez y ocho siglos han transcurrido desde la aparición del cristianismo: esta religión santa se ha encontrado en medio de pueblos de diferentes leyes, usos y costumbres, de diverso grado de civilización y cultura, desde la infancia hasta la decrepitud, y sin embargo ha sido suficiente para todas las necesidades, ha podido hacer adelantar á los atrasados, y detener al borde del precipicio á los que se hallaban en él, y esto sin abandonar sus dogmas, sin apartarse de su moral, sin renunciar las prácticas y ceremonias de su culto; ha sabido acomodarse á la variedad de las circunstancias, sin que en ninguna de ellas haya dado pruebas de impotencia ó imprevisión. ¿Por qué hemos de creer, pues, que no será capaz de hacer lo mismo ahora, cuando el progreso de las artes y de las ciencias ha modificado profundamente las sociedades modernas, creando necesidades que anteriormente no existieran? Una religión que es toda luz, toda verdad, toda amor, ¿cómo sería incompatible con ningún adelantamiento y perfección del estado social? ¿Puédese, por ventura, imaginar algo superior á su enseñanza, con respecto á Dios y al hombre? El origen y destino del humano linaje, ¿puede excogitarse más alto de lo que nos le presentan los dogmas del cristianismo? Tocante á la moral ¿cabe encontrar nada más puro, más sencillo y sublime que el compendiar toda la ley y los profetas en el amor de Dios y del prójimo?—*J. B.*